

LA AVENTURA INTELECTUAL  
DE ADAM SCHAFF

*El Ciervo*, 1984, 405, 30-31.



Conocí a Adam Schaff en unas conversaciones de cristianos y marxistas en Colonia hace veinte años y como resultado de una incipiente amistad un año después me invitó a pasar dos semanas en Polonia. Era mi primera visita a un país socialista y la aproveché a fondo. Y entre otras muchas cosas pude darme cuenta de la omnipresencia de Schaff en la vida intelectual polaca y también de la complejidad de su imagen.

Para algunos, Schaff era todavía el hombre que, acabada la guerra y llegado de Rusia con las tropas soviéticas, había depurado la Universidad polaca y las Facultades de Filosofía en primer lugar, para ponerlas al paso del vencedor. Por su iniciativa o con su beneplácito los medievalistas de Cracovia, los discípulos de Husserl como Igarden, al que su libro sobre la obra de arte había hecho famoso, y sobre todo las brillantísimas escuelas de lógica matemática y de sociología empírica de Varsovia habían desaparecido substituidas por jóvenes predicadores del catecismo marxista.

Pero desde aquellos momentos iniciales habían pasado ya veinte años y la imagen de Schaff había adquirido otros matices principalmente porque había publicado una serie de libros en los que comentaba las distintas novedades que habían ido apareciendo en el pensamiento occidental: existencialismo, estructuralismo, positivismo lógico... En todos los casos acababa exponiendo la correcta solución marxista, pero el solo hecho de exponer los puntos de vista extraños con voluntad de entender sus razones y de responder a lo que en ellos había de auténtico era ya una novedad en un ambiente que propugnaba el monolitismo.

Y había todavía algo más. Cuando en 1956, después de la muerte de Stalin, Gomulka había salido de la cárcel para hacerse cargo del gobierno polaco y había iniciado una tímida apertura política, Adam Schaff se había convertido en el hombre de la apertura intelectual. Desde su puesto en la Academia de Ciencias y de decano de la Facultad de Filosofía había hecho revivir los estudios de historia del pensamiento medieval y de lógica formal, había abierto la puerta a la psicología empírica y sobre todo había apoyado la constitución de un Instituto de Sociología dirigido por Stepanshki, con lo que Polonia se había convertido en el único país socialista donde era posible estudiar sociología empírica, y donde en cierta medida se realizaban investigaciones sociológicas, lo que era altamente apreciado entre las élites intelectuales de estos países.

Claro que asumir la responsabilidad por una apertura intelectual en un país totalitario es siempre una aventura arriesgada, pues pronto lo conseguido resulta poco para unos y explosivo para otros y hay que mantenerse en una arista cada vez más estrecha. En un suburbio de Cracovia tuve ocasión de presenciar una procesión inimaginable en otras latitudes, con doce obispos desfilando uno tras otro revestidos de pontifical y tras ellos el entonces arzo-

bispo de Cracovia y actualmente papa de Roma portando el tronco de San Estanislao sobre un almohadón de raso. Y en el barrio antiguo de Varsovia, el maravilloso barrio reconstruido piedra a piedra después de su destrucción bélica, tuve ocasión de presenciar algo más insólito todavía en un país socialista, una manifestación silenciosa de estudiantes contra el gobierno portando pancartas "Gomulka, basta".

### Sobre un volcán

O sea que Adam Schaff vivía sobre un volcán y lo sabía. Y sin embargo en los días que conviví con él en su ambiente nunca me dio la impresión de estar nervioso e inquieto. Vivía con una modestia ejemplar, en agudo contraste con lo que es costumbre en los dignatarios en los países socialistas y exhibía un señorío y una dignidad impresionantes. Siempre en su lugar, siempre convencido de que Polonia y el P.C. polaco acabarían superando todas las dificultades y encontrando las soluciones adecuadas.

Por si no tenía bastantes problemas, cuando lo visité acababa de publicar en polaco *El marxismo y el individuo humano* y estaba preparando su edición en alemán. El libro arrancaba de la afirmación de Fromm "la psicología es el talón de Aquiles del marxismo" y de la comprobación de que el pensamiento marxista había prestado poca atención al hombre individual, pero sostenía que en los escritos de Marx y sobre todo en los de su juventud había los elementos suficientes para una respuesta satisfactoria. La verdad es que la propuesta del libro tenía poco de original y que su tratamiento del "joven Marx" era más bien ortodoxo en el sentido de la hermenéutica marxista. Pero lo notable del libro es que no acababa aquí, sino que proseguía con una discusión de la situación del individuo humano en los países en los que se había implantado el socialismo, comprobando que seguían existiendo viejos vicios que en teoría debían haber desaparecido: diferencias y prejuicios sociales y nacionales, perduración de ideas tradicionales sobre la familia y las relaciones entre los sexos e incluso el viejo fantasma: el antisemitismo. No basta por tanto con la toma del poder y la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción para que surja espontáneamente el hombre nuevo, sino que éste sólo podrá ser el resultado de un largo proceso educativo.

La publicación del libro complicó la situación de Schaff por todas las razones imaginables, pero especialmente por una que puede resultar sorprendente. Lo imperdonable no era tanto decir que en la Polonia socialista seguían existiendo diferencias sociales, prejuicios nacionales o discriminaciones sexuales como el decir que seguía existiendo antisemitismo. Antisemitas eran los nazis que habían arrasado el ghetto de Varsovia y conducido a los judíos a los hornos crematorios, antisemita era Stalin que había montado los grandes procesos para deshacerse de los judíos de la primera hora revolucionaria, pero acusar a Polonia y a su gobierno de seguir tolerando el antisemitismo resultaba imperdonable. Cuando la amarga realidad era que era cierto, que en la Polonia socialista un judío difícilmente podía aspirar a ocupar un puesto

representativo y cuando el propio Schaff, y este era el punto delicado, es judío.

### Los años sesenta

Los años sesenta fueron años de fuerte inquietud intelectual en todo el mundo y también en los países socialistas y especialmente en Polonia. La apertura daba puntos cada vez más difíciles de controlar, sobre todo en la Universidad. T. Kolakowski, un joven profesor de la facultad de Filosofía que profesaba un marxismo radical y se declaraba enemigo explícito de la caricatura burocrática en que según él se había degradado el partido, se convirtió en el símbolo de la revuelta estudiantil.

Kolakowski tenía una gran cultura, una pluma brillante y mordaz, un temperamento de predicador y un valor personal sin límites. Y llegó un momento en que el Partido exigió que la Universidad —léase la célula del partido en la Universidad— pusiese término a su influencia. Adam Schaff intentó impedir y luego retrasar una decisión que consideraba contraproducente y que iba a empeorar la situación, pero finalmente votó con la mayoría la expulsión de Kolakowski del partido y los que votaron en contra de la expulsión se encontraron a su vez expulsados. La votación significó el fracaso de la política de apertura controlada que Schaff había intentado seguir y el fin de su influencia. Para los contestatarios la votación confirmaba su opinión de que era un títere al servicio del poder y para los defensores del poder reforzaba su sospecha de que no era de fiar. A Kolakowski, después de pasar una temporada en la cárcel, se le permitió emigrar al Canadá, dando por supuesto, con toda razón, que era menos peligroso lejos que fuera. Para Adam Schaff se encontró una manera elegante de dejarlo al margen permitiéndole aceptar la dirección de un Centro de Estudios Socialistas de la UNESCO en Viena.

Allí le encontré en 1968, con ocasión de un Congreso Internacional de Filosofía. En una de las sesiones, presidida por Schaff y dedicada al pensamiento de Marx, un grupo de jóvenes airados, recordando el precepto de Marx de que los filósofos deben cambiar el mundo y no sólo entenderlo, intentaron durante un rato desestabilizar la reunión convirtiéndola en asamblea. Fue un incidente mínimo y sin ninguna repercusión, pero que a Schaff le afectó visiblemente. Por la noche tuvimos una larga conversación en su residencia y me comentó con sarcasmo el incidente de la mañana y el papel que harían aquellos revolucionarios de salón en una comisaría de policía española o polaca. Y después de hablar de la situación de nuestros respectivos países me dio un mensaje para Fromm, a quien yo iba a ver dentro de unos días en Salzburg. Deseaba con insistencia volver a verlo, sospechando que sería su última oportunidad de entrevistarse. Y aquí me permito recordar que la admiración de Schaff por la obra y sobre todo por la persona de Fromm permite entender mejor su pensamiento. Con Fromm comparte el interés por la psicología, el ideal de un humanismo socialista y también, por supuesto, el ser judío.

Fromm no pudo aceptar la invitación de visitar a su amigo. Convaleciente en Suiza de una grave lesión cardíaca, se movía con cuentagotas y estaba además profundamente deprimido por los acontecimientos. El coloquio sobre humanismo en el que participábamos tenía lugar en el marco incomparable del castillo de Klessheim, en las cercanías de Salzburg, pero en el curso de una de las sesiones llegó la noticia de que los tanques rusos estaban entrando en Praga. Difícilmente olvidaré aquella sesión y las palabras de Fischer, la figura mítica del P.C. austríaco, al que la emoción le impidió continuar. Para Fromm, el fracaso de la primavera de Praga significaba un fracaso personal del que ya no se reharía. De manera que el recuerdo de mi último encuentro con Schaff está teñido de un tono crepuscular y melancólico, del que parece deducirse que Adam Schaff era un hombre acabado.

### **Expulsado del partido**

Y, sin embargo, en los quince años transcurridos desde entonces ha seguido en la brecha, ha impulsado con eficacia las actividades de su Instituto, que entre otras cosas pretende abrir vías de diálogo entre científicos sociales del este y del oeste y ha continuado su producción propia, especialmente en el campo de la filosofía del lenguaje, donde se ha esforzado por mantener una vía intermedia que, aún reconociendo con unos las dependencias culturales del lenguaje y con otros la independencia de sus leyes formales, concluye sin embargo que el lenguaje es capaz de reflejar racionalmente la realidad.

Y tampoco ha hurtado el cuerpo ante los problemas candentes. Y cuando la situación en su patria se ha hecho más conflictiva ha avalado el establecimiento y la gestión del gobierno militar diciendo que era la única posibilidad de asegurar la supervivencia de Polonia. Con ello una vez más se ha sentado entre dos sillas, pues si por un lado se ha enfrentado a Solidarnosc y la resistencia, por otro la razón que sin decirlo justifica su apoyo al gobierno, el peligro de una ocupación rusa, deja intactas todas las críticas.

Esta vez, sin embargo, la gota ha hecho derramar el vaso. A sus 72 años Adam Schaff ha sido finalmente expulsado del partido. En la jerga partidista, se ha separado de la línea recta y con ello se ha hundido en la cloaca de la historia. Triste final para alguien que desde su adolescencia había hecho de la fidelidad al marxismo y al partido el sentido de su vida. No tan triste para alguien que no ha renunciado nunca a ser fiel a sí mismo.